

desecha una pesadilla, estas evocaciones siempre vivas, por mi desgracia, en el fondo de mi corazón. Porque es malo haber asistido al declinar de la patria, y es peor aún que esto nos aflija como la pérdida de una persona a quien amamos.

Silencio y olvido, beleño y nepentes...

Hablemos de algo alegre.

La dificultad está en encontrar el tema. Porque adonde quiera que se vuelva la vista surgen asolamientos y fieros males.

Italia, que se hallaba tan satisfecha preparándose a recoger el fruto de lo que han peleado los demás, acaba de ser afligida por un terremoto de los formidables, con millares de víctimas y diez o doce ciudades destruidas completamente hechas montones de escombros... ¿Y qué?, dirá Europa, encogiéndose de hombros. ¡Veinte o treinta mil siniestrados! ¡Gran puñado son tres moscas! ¡Unos cuantos pueblos arruinados! ¡Pch, pch! ¡Nadie se enterará siquiera, en medio del actual zafarrancho!

Nosotros, embozados en la pañosa de nuestra neutralidad, asistimos, no sin un poco de aprensión, a estos espectáculos que parecen tragedias de la Biblia.

Leemos los relatos de las catástrofes de Italia, comparables a las de Pompeya y Herculano, y nise nos eriza un solo pelo, por la sencilla razón de que los tenemos de punta siempre, con las cosas que pasan en el Vístula, en el Argonne, en Reims, en Polonia, en Lovaina, en Tirmont, y en otras no menos castigadas y zarandeadas localidades. Hasta pronostico que, a la vuelta de los meses o años que ha de durar la lid, no habrá pelo que no caiga laso, porque el hombre, ha dicho no sé quién, es un animal que a todo se acostumbra.

Y nos acostumbraremos, y hasta, el día en que se firme la paz, si es que llega a firmarse, echaremos de menos este estimulante de la emoción y la curiosidad, como se echa de menos una especia fuerte en la comida...

Cada vez que oigo maldecir de la guerra por la ferocidad que desarrolla, no puedo menos de pensar que esta ferocidad se revela lo mismo en la paz y en circunstancias normales. Leed si no el «crimen de Año nuevo» que ha relatado la prensa, y decidme si en alguna población belga invadida por los «boches», si en aldea alguna de la Galitzia devastada por los cosacos, cabe más salvaje escena.

Y lo que agrava este suceso, (que no ha soliviantado a la opinión pública), es su inutilidad, la falta de causa determinante. Porque, al fin y al cabo, los combatientes, al destruir y maltratar, siguen el impulso de la lucha, hacen un estrago que contribuye al terror que infunden, van por decirlo así arrastrados por lo fatal de las circunstancias al destrozo, en espera de ser también destruidos.

Pero este crimen «de Año nuevo» no ha tenido más móvil que ese instinto feroz de que hablábamos antes, y que duerme, como agazapado dragón, en las almas de los hombres.

Ocurrió en una de las calles céntricas de Madrid, a la una de la noche el día primero de enero de 1915, como si los criminales quisiesen dar a entender que, por años que pasen, la naturaleza humana es invariablemente la misma.

En esas noches señaladas, Navidad, Año nuevo, la gente se echa a la calle, en son de fiesta; y la fiesta consiste en copear, decir y hacer groserías, tañer instrumentos de sonido áspero, armando un concierto que no se parece precisamente a la Consagración del Grial.

Encontráronse dos núcleos de estos vagos, y naturalmente, sin saber por qué, sólo por estupidez congénita, empezaron a insultarse, a provocarse, a hablar de cencerros colgados de la nariz, y a renglón seguido, dieron en apalearse. Nótese que ningún motivo de rencor tenían; que, un minuto antes, no se habían visto nunca.

La venganza, el odio, pueden explicar muchas cosas; aquí no existía sino la brutalidad, espontánea y latente, que hace explosión sin el menor pretexto.

Uno de los grupos, menos fuerte o menos resuelto, se dió a la fuga. Pero, entre los fugitivos, uno había caído al suelo. A su alrededor se concentraron los perseguidores, descargando sobre el infeliz una lluvia de estacazos. Aun tuvo el misero fuerzas para alzarse y arrodillarse, pidiendo misericordia, rogando por Dios que no le diesen más. La respuesta fué apretar los garrotes, menudeando en la cabeza, hasta que no se rebulló, privado de sentido.

Las leyes están tan bien hechas, que como el apaleado no falleció en el acto, el único de los apaleadores que pudo ser detenido en los primeros momentos quedó inmediatamente puesto en libertad; aquello era, sencillamente, cuestión de un juicio de faltas...

Es decir que el reunirse cinco o seis individuos para cometer la acción más cobarde y feroz, para moler a palos a un caído, hasta dejarle sin aliento, es una futesa, ¡que ni aun merece la pena de unos días de cárcel!

Júzganse, por lo visto, las acciones no por su raíz profunda, sino por sus resultados aparentes, porque no habrá facultativo que me convenza de que los efectos de una paliza se pueden calcular, ni de buenas a primeras calificarse de leves, puesto que el palo magulla y lesiona dentro como fuera, y acaso más dentro, y de una paliza se muere a la larga o a la corta, como se murió la víctima del apaleo, a los diez días del atentado, de meningitis, causada por las contusiones en la cabeza.

Hasta que hubo un cadáver, no se pensó en que había delincuentes o criminales, ni fueron perseguidos...

Y yo digo que el apaleo a un hombre caído al suelo, que implora piedad con las manos juntas, es tan infame, tan digno de castigo y de represión severísima, si causa la muerte, como si no la causa; porque la puede causar siempre, y esto no cabe que nadie lo ignore, y si no la muerte, padecimientos y afecciones que hagan amarga y triste toda la vida, y una depresión moral horrible, y tales daños, que la muerte no sería peor.

Si, la ley es de corcho, y los que la hicieron, de cemento, si un hecho de tal índole se considera bien enjuiciado con un juicio de faltas!

Al leer este caso, sentí una oleada de indignación... Pero ¿a qué indignarse? ¡La humanidad es así!

Esos hombres, se me dirá, iban borrachos... No sé, en este momento, no teniendo a mano el Código, si la borrachera es circunstancia agravante o atenuante; en mi entender, agravante debiera ser sin falta.

Tengo observado que, en estado de embriaguez, las personas no cambian su fondo moral: lo que hacen es exaltar, desenvolverlo, dejarlo ver exagerado. Los buenos, cuando se achispan, manifiestan la bondad, abrazan a todo el mundo, descubren el afectuoso modo de ser. Hay borrachos románticos, caballerosos. A los que la borrachera impulsa al crimen, es porque lo llevaban escondido en el subsuelo psicológico.

Al lado de los apaleadores de la calle de la Ceres los suicidas por amor del paseo del Prado me parecen bellos y heroicos...

No hago la apología del suicidio; ¡estoy comparando! Los que como Tristán e Iseo quieren verse reunidos en el *amplesso senza fine*, no son los brutos sanguinarios que se encarnizan en un semejante suyo, que ningún daño les ha hecho, que no se defiende, y lo dejan para que se muera sobre las losas de la calle.

En estos dobles suicidios hay innegable poesía. Parecen una afirmación (torcida o derecha) de la espiritualidad humana. La mujer, sobre todo, que tal miedo nervioso tiene al menor peligro, se revela, en estas ocasiones, espiritual, superior a la muerte. La recibe hasta con alegría de la mano amada.

Estos suicidas del Prado, que no han sido identificados aún, se declaran, en la carta póstuma, víctimas de la fatalidad. Cuál sea esa fatalidad misteriosa, se ignora, y acaso no exista más fatalidad que el amor, (que no es fatalidad pequeña).

De todas suertes, he ahí unos que no murieron ni por las tarifas ni por las marcas ni por los mercados ni por la expansión territorial y colonial...

Y sus almas plebeyas, en el Infierno de un Dante contemporáneo, girarían en el mismo torbellino que las muy linajudas de Tristán de Leonís el paladín y la princesa Iseo de Bretaña.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Entre el ruido ensordecedor y atronante de la actual guerra, ¿cómo ha de destacarse un recuerdo ya lejano? Y sin embargo, a veces un recuerdo, de algo que sólo a nosotros nos importa, suena más alto que todo el estrépito de cañones, morteros, trenes en marcha y regimientos desfilando al galope...

Me sugiere estas ideas un libro que acabo de recibir, del Sr. D. Francisco Arderius, teniente de navío y comandante de Inválidos, en que se relata entre otros episodios de las últimas guerras coloniales, el combate naval de Santiago de Cuba...

Y en un momento, las memorias del año trágico acuden a mí. ¡Trágico! Por desgracia este calificativo sorprenderá a muchos.

En efecto, lo más trágico, en mi entender, fué la insensibilidad de las muchedumbres, cuando la historia de España acababa en punta y nuestro sol ya no se eclipsaba, que se borraba en el horizonte.

Nunca olvido cierto día, de fecha luctuosa, en que, al entrar en una casa, alguien se fijó en mis ojos hinchados, y me preguntó:

— ¿Se le ha muerto a usted algún pariente?

A lo cual contesté:

— Se me ha muerto el mismo pariente que a ustedes todos...

Y creo que ni se enteraron. Por la tarde, los toros estuvieron concurridísimos. ¡Oh, multitud, piedra berroqueña!

No, yo no sentía tanto aquel pesar de mortificación por la escuadra perdida, por las colonias, últimos restos de nuestro poderío, que nos arrebataban. Lo que me dolía como una quemadura, era aquella indiferencia increíble, aquellas risas, pullas y chanzonetas por la calle, aquel Madrid echándose a las aceras, asaltando los tranvías, como hijo ingrato que no sabe vestir luto...

Y por eso, cuando supe que tal guerra no se evitaba, no se prevenía, que tal guerra se había declarado, contra las más elementales lecciones de la prudencia; cuando comprendí qué barcos españoles iban a combatir con los formidables acorazados yanquis, me anegó el alma una ola de amargura, y poco después, en mi conferencia de la *Salle Charras*, en París, exhalé mi dolor patriótico, por si, al derramarlo, podía contribuir a que España reaccionase... Porque, y esto es lo más cruel, ¿de qué sirvió el sacrificio relatado por el Sr. Arderius?

Ni Churruca ni Gravina ni Bazán, marqués de Santa Cruz, pudieran hacer más que Villaamil y La zaga: morir... Pero ¡qué triste, qué desconsolador morir, cuando en Madrid la gente va a los toros, y llena los colmados, y no tiene, en su pecho de mármol, ni un aliento de santa cólera ni un gemido de compasión!

¡Oh iglesias, esos días debierais estar rebosantes de gente postrada, si fuese verdad que tuviésemos fe! Debíais estar como yo vi a Nuestra Señora de las Victorias, en París, poco después de la guerra del 70, colmada de fieles que, con los brazos abiertos, clamaban: «*Notre mère, sauvez la France!*»

Y he aquí que a la vuelta de diecisiete años, vuelvo a sufrir igual emoción que en aquellos crueles instantes, en aquel sombrío verano de 1898... Así es que cierro el libro del Sr. Arderius (que hizo su deber gloriosamente), y procuro desear, como se